

INFORME
SOBRE
UNA POLEMICA

EL SALER y LA ALBUFERA



A unos quince kilómetros de Valencia, por la carretera costera de Alicante, están la Dehesa del Saler y la Albufera. El paraje apenas ha sufrido durante estos años la acometida urbanizadora. La gran pinada del Saler, que separa a la Albufera del Mediterráneo, era el escudo, porque pertenecía al Ayuntamiento y éste la conservaba como un lugar de diversión comunal. Las edificaciones empezaban una vez rebasado el Saler; primero, un hotel, que pareció cosa de locos o de ligues, por solitario, hace apenas unos años; luego surgió ya la cadena de urbanizaciones a lo largo de las playas: Perellonet, Perelló, Palme-

retes, Mareny, faro de Cullera, Cullera, Tabernes..., que, si el actual ritmo se mantiene, acabarán con los apartamentos tocándose y cubriendo toda la costa.

El Saler, sin embargo, ha perdido ya su antigua paz. Ya no es sitio de paso ni lugar donde estar unas horas y comerse un allipebre. El parador de turismo, el campo de golf, las nuevas carreteras que salen de la general y se pierden en la pinada, el paseo marítimo, las pistas que bordearán la desembocadura del Turia, las dragadoras de la Albufera, han cambiado o están cambiando a toda prisa la fisonomía del paraje. Un tablero anunciando las obras de urbanización de la Dehe-

sa promete cambios aún mucho más radicales. El proyecto no es nuevo, pero el actual alcalde — sucesor del espectacularmente dimisionario Rincón de Arellano— ha decidido impulsarlo. La paz se ha roto, no sólo en el paisaje, sino también en los papeles. ¿Qué ventajas y perjuicios acarreará la reforma? ¿Hasta qué punto la urbanización del Saler afectará a la Albufera?

Señalemos ya la presencia de dos criterios bien distintos, aunque, verbalmente, suelen simular cierta voluntad de avenencia. De un lado están la mayor parte de los biólogos, defensores del actual «equilibrio» natural y de las especies que viven en la Albufera;

del otro, quienes se preguntan si todo eso no es secundario ante la posibilidad de convertir el lugar en un sugestivo y rentable centro de atracción turística, con sus posibles repercusiones en diversos aspectos de la vida valenciana. El alcalde, por su parte, piensa que puede conseguirse lo segundo sin grave mengua de lo primero.

El Palmar

Cuando estuvo Blasco Ibáñez y escribió «La Barraca» había que llegar al pueblo en barca. Ahora hay una carretera por la que todos los días de verano pasan más de un centenar de turistas. El Pal-

mar, pueblecito lacustre de pescadores y agricultores —sus dos únicas riquezas: el arroz y la pesca en la Albufera—, ha perdido su aire humilde para dárselas de lugar turístico. Cuatro o cinco sitios donde comer mariscos o una buena paella, un «camping», casas y calles remozadas... "No hay que fiarse mucho —dice el camarero de uno de los restaurantes—, todo lo arreglan con los créditos de los Bancos". "Bueno, pero los créditos se pagan". "De muchas maneras. Lo que hace falta es tener dos o tres escrituras para empezar el lío".

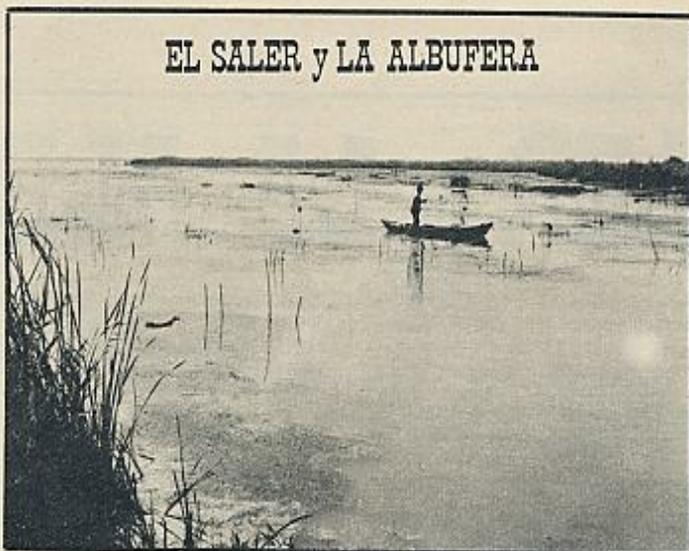
El camarero es también pescador y nos explica con cierto entusiasmo cómo pescan las anguilas. No sabe lo que puede salir de cuanto se dice sobre la Albufera. "Las obras perjudican a la pesca. Ahora dicen que en los sitios dragados, al ser más profundos, habrá más pesca que antes. Ya lo veremos, aunque yo creo que la gravilla la sacan porque se vende a muy buen precio para las carreteras y la construcción". Tomemos el testimonio en lo que vale: la gente del Palmar, capital oficiosa de la Albufera, sólo sabe que algo gordo puede pasar en el lago. Las últimas polémicas, estimuladas desde Madrid por la ADENA, han alimentado la ancestral desconfianza de la gente humilde ante cualquier reforma.

"¿Qué opina de lo que dice el señor de la 'tele'?" No, no opina nada. "Ya vorem que pasa". Las preocupaciones de ADENA pertenecen a otro nivel cultural. La idea de que es necesario conservar el equilibrio Saler-Albufera o la de que convendría dedicar una parte del lugar a parque zoológico, son totalmente extrañas. "Nuestro problema está en la pesca de la anguila. En que no baje, porque durante toda la temporada la exportamos a Italia y nos llega un dinero que necesitamos para vivir". "Los patos los cazan unos señores de Valencia...".

El diálogo, al margen de su mayor o menor justeza, va descubriendo los intereses de un sector generalmente soslayado en la actual polémica sobre la Albufera.

La acusación

El señor Rodríguez de la Fuente, un personaje popular a través de sus programas de TVE, se hizo eco de la actitud sostenida por ciertos biólogos valencianos y organizó en Madrid una rueda de prensa destinada a explicar, a escala nacional, su visión del problema. Desde TVE había ya dado la alarma, pero fue esta rueda de prensa la que obligó a los defensores del proyecto a justificarlo de nuevo. En el diario «Las Provincias» (19-8-70), que ha sostenido en sus editoriales una inequívoca posición a favor de la reforma,



EL SALER y LA ALBUFERA

ES NECESARIO INCORPORAR UN ANALISIS SOCIAL DEL PROYECTO

se publicaba un resumen de las reservas manifestadas por el directivo de ADENA. He aquí los puntos recogidos —con excelente buen estilo polémico—, que servirían luego de base a las confrontaciones:

1.º Referencia al informe de los biólogos valencianos, de fecha 11 de agosto, en el que refutaban "con argumentos de orden científico las manifestaciones del Ayuntamiento", que poco antes había tachado de "alarmistas, inexactas e incluso truculentas" las informaciones sobre las posibles consecuencias del plan.

2.º El derecho de todos los españoles —y, por tanto, de ADENA— "para salir al paso de cualquier hecho que pueda poner en peligro la Naturaleza de nuestra Patria, porque el aire, el agua, la fauna, el equilibrio, en fin, de la Naturaleza es de todos los españoles, y estos intereses están muy por encima de cualesquiera otros".

3.º "La Albufera y la Dehesa del Saler fueron siempre intocables. El primer atentado contra la comarca ha sido la urbanización de la Dehesa, mediante una disposición que modifica una ley secular. La pinada en camino de perderse irremisiblemente".

4.º "La muerte de los peces a causa de los residuos industriales que se vierten en el lago, habiendo desaparecido las anguilas y las gambas". "Es indispensable un canal de drenaje que lleve todas las sustancias nocivas hacia el mar".

5.º "El creciente envenenamiento de la arboleda de la Albufera a causa de las pulverizaciones horizontales".

6.º La paulatina reducción de la zona, "que era de 8.013 hectáreas en 1869 y es ahora de 3.000".

7.º La creación de un parque que evitase la extinción de las especies existentes —una colonia integrada por 2.000 garzas ha muerto en una proporción del setenta por ciento— y permitiese la acogida de otras.

Finalmente, el titular del periódico recogía la "inquietante" petición de que la zona fuese declarada "Paisaje Turístico" del Patrimonio Nacional, con toda la intervención de la Dirección General de Bellas Artes que, automáticamente, acarrearía. "Esto sería un remedio que, en parte, pondría fin a futuras urbanizaciones, porque lo ya realizado es irreversible".

La acusación tomaba carácter nacional y se hacía preciso contestarla a la misma escala.

La respuesta del alcalde

Quien primero respondió, por medio de una larga entrevista, fue el propio alcalde de Valencia. Los puntos fundamentales de su réplica fueron los siguientes:

1.º Invitar a la «oposición» a realizar una crítica «desde dentro». "La crítica es una colaboración. Pero es muy fácil ver los toros desde la barrera. Estos se-

ñores deben tener una visión más acabada de nuestros problemas. De ahí que por bien de Valencia yo les invite a colaborar desde dentro; una de las formas de concretar esa colaboración. Dentro de poco se convocarán elecciones municipales, las puertas están abiertas para poder presentarse...".

2.º Sostener, "de una manera rotunda", que turismo y Naturaleza son compatibles. "La urbanización afecta a un 7 por 100 del conjunto y no se toca ninguna parte fundamental de la Naturaleza".

3.º Considerar que ADENA se mueve en un plano demasiado idealista. "Creo que tiene un punto de vista demasiado elevado para ver bien claros los problemas de cada localidad". "Valencia necesita el turismo como fuente de riqueza y promoción. Valencia ha sido dejada de la mano del turismo hasta la fecha y tiene en la Dehesa una circunstancia que debemos aprovechar en bien de los valencianos".

4.º Advertir que los ingresos de la urbanización son la base de ciertas obras municipales. "El Ayuntamiento debe sufragar los gastos del Paseo Marítimo solamente con lo que obtiene de la venta de parcelas. Se detuvo porque no vendíamos; pero ahora se ha reactivado gracias al interés de todos y a una buena promoción. Ahora ya acuden tres veces más postores que parcelas hay, y va habiendo dinero. La cosa marcha...".

5.º Oponerse a que se entregue la zona al Patrimonio Nacional. "El Saler, la Dehesa y la Albufera son y deben ser de Valencia siempre, por eso sufrimos sus problemas".

En un plano más técnico, el señor López Rosat manifestaba que "no hay concesiones de construcción para la Albufera", que "repoblaríamos los pinos que mueran en la Dehesa en la proporción de cien por uno", que "estamos pendientes del dragado y lucharemos contra la polución con los medios que tenemos disponibles", que "se está estudiando un canal que desvíe todo cuanto se vierte en la Albufera hacia unos pozos de decantación y saneamiento, que también vale millones" y que "hemos pedido que se cumplan las normas existentes y que se usen fungicidas no peligrosos".

Sobre el valor social de la zona, su actual aprovechamiento y el que pudiera tener después de las reformas, el alcalde manifestaba:

"Actualmente nadie disfruta apenas del conjunto, porque la playa está en malas condiciones de momento. Y de la Albufera, cuarenta o cincuenta grandes señores que van a cazar... Queremos que sea realmente de quien es: de los valencianos. Queremos

que lo disfruten de verdad, por que lo necesitan".

Uno, leyendo estas declaraciones, recordaba los años «de antes del turismo», en los que el Saler fue la «mejor playa de Valencia». Cuando la gente iba a sus merenderos y a repartir el día entre el mar y la pinada. Son otros los tiempos, y si «turismo» y «Naturaleza» se enfrentaran, «sería cuestión de estudiarlo y ver lo que conviene más para nuestra provincia y nuestra ciudad». El problema está en que «nuestra ciudad» no es la apacible de Thornton Wilder, ni siquiera la Valencia de años atrás. Toda la especulación, toda la «industria del turismo», cuantos viven de él, deben de haber puesto sus ojos en esta zona. ¿En nombre de qué valencianos, dejando a un lado sus buenas intenciones, habla realmente el alcalde de Valencia?

Una polémica bastante violenta

Hubo otras respuestas a las peticiones de ADENA. El 22 de agosto, bajo el título «Como la copa de un pino», publicaba el diario «Las Provincias» un comentario cargado de la tradicional socarronería local: «La Dehesa —decía entre otras cosas— tuvo en tiempos fama de albergar enormes enjambres de mosquitos. El valenciano de la ciudad ponderaba sus dimensiones y su acometividad mediante un símil desafortunado. 'Hay mosquitos como elefantes', decía: y opinaba que, aunque la integridad de la fauna padeciese, lo mejor que se podía hacer con ellos era exterminarlos con todas sus secuelas. Sin duda, aquello de los mosquitos 'como elefantes' debió de calar hondo en la conciencia de los valencianos, que, extinguidos los mosquitos, no es probable que se avengan a tolerar ahora en la Dehesa una suelta de elefantes auténticos con otras bestias de mayor cuantía y no muy seguras intenciones.

Más probable es que los valencianos piensen que la labor que se impone sea la de conciliar objetivos que parecen antagónicos los unos de los otros, y quizá no lo sean ni poco ni mucho: que coexistan la urbanización, tan necesaria; la explotación turística, tan deseable; el disfrute popular, tan justo; el esplendor del bosque, tan esencial y tan intangible; el respeto, en fin, a la fauna, tan aconsejable.

Pero donde se dice fauna, léase la fauna que ni dañe ni estorbe, ni prevalezca sobre los restantes fines".

El 26 de agosto, completando su réplica a ADENA, el Ayuntamiento invitaba a los informadores de prensa a visitar la Dehesa

y la Albufera, recorriendo las obras de urbanización, el lago artificial y los dragados. Sobre el nuevo Paseo Marítimo, las autoridades explicaron que no sólo no perjudicaría, sino que protegería los pinos de la Dehesa, «ya que a los cuatro metros que en la actualidad tiene habrá que añadir la de los restaurantes que, espaciadamente, jalonarán la longitud del citado paseo». Luego la comitiva visitó la «zona del Puchol, donde está en avanzado estado de construcción un lago artificial, que en su día estará conectado con el mar mediante el canal de Puchol y que será seguro albergue de embarcaciones deportivas. Este lago, del que hay construido más de la mitad, tendrá en su centro una isla poblada de pinos que dará gran atractivo al conjunto». La información insistía en que «todo cuanto se construye se hace en zonas deshabitadas de pinos y que de las 860 hectáreas de la Dehesa está previsto urbanizar solamente unas 180», y en que, dadas las condiciones de la subasta, «la cantidad de terreno de la Dehesa que en definitiva quedará construida y ocupada por edificaciones es de un cinco a un siete por ciento del total». El precio del metro cuadrado andaba alrededor de las 400 pesetas, pero «las autoridades municipales aclararon repetidas veces que en este precio solamente se pretende deramar los costes de urbanización, sin beneficio municipal alguno». Y en cuanto a los dragados en la Albufera, tras varias puntualizaciones de orden técnico, «el director de las obras habló de la repoblación que se observa en los lugares dragados, puesto que el mayor calado es causa inmediata de la afluencia de especies marinas».

Todo parecía, pues, contestado cuando ADENA volvió a la carga, a través de sendas cartas de su secretario general y de su directivo, don Félix Rodríguez de la Fuente. Las reticencias dieron paso a declaraciones mucho más directas y agresivas. El secretario general agradecía al alcalde las buenas palabras que tuvo para el idealismo de su Asociación y acababa refiriéndose a «las tierras que fueron cedidas por el Patrimonio Nacional a petición del propio Ayuntamiento, para dedicárselas a parque, con el exclusivo fin del disfrute y solaz del pueblo valenciano». El periódico, la verdad, no estaba en su nota de respuesta a la altura de las circunstancias, agarrándose a ciertas puntualizaciones legales que, me parece, no entran en el fondo de la cuestión. Rodríguez de la Fuente, por su parte, replicaba a los editoriales del periódico con una carta de la que sacamos varios párrafos:

«El equilibrio natural, que pue-

de ser o no armónico, en el sentido antropocéntrico de armonía que, al parecer, domina la mente del autor de la crónica, resulta básico para la supervivencia no sólo de las especies animales, sino del propio hombre. Vivimos en 1970, año de la conservación de la Naturaleza en Europa. Estamos integrados, pese a ciertas rémoras, en la cultura occidental, que desde Washington a Moscú, pasando por París, Londres y Madrid, aboga por la conservación del medio natural, contra todos los eventos"... "Hasta los más profanos en estas cuestiones saben que el hombre debe controlar la Naturaleza para que no nos devoren las ratas. Pero este control debe ser dirigido por ecólogos y naturalistas profesionales que eviten las catastróficas consecuencias que se derivan de las caprichosas alteraciones del equilibrio natural"... "Cuando aconsejaba dedicar una parte de la Dehesa, más pequeña que la destinada a la urbanización, a un parque natural semejante a los que gozan de extraordinaria popularidad en las playas de Florida, o en las inmediaciones de Londres y París, o en nuestras más familiares islas Baleares —por cierto, de extraordinario éxito turístico—, pensé que tal proposición nunca pudiera considerarse insólita e inadecuada"... "Quedan ya muy pocos bosques naturales en Europa; chalets y rascacielos, sobran. Una comunidad vegetal como la que se va a depauperar en la Dehesa del Saler es única en el litoral Mediterráneo. Y que los 'técnicos' municipales no pierden el tiempo en plantar cien o mil pinos —uno no sabe con qué cifra quedarse—, por cada uno de los que se sequen, porque mientras no se reconstruya el monte bajo, el viento salino del Levante les matará irremisiblemente, igual que mató a los viejos y mejor adaptados. Y para terminar esta primera, y Dios quiera que última, puntualización a los gratuitos comentarios del editorialista, repito, una vez más, que la protección de la Naturaleza no implica un salvoconducto para ratas o mosquitos, que los parques naturales ponen de manifiesto la cultura y desarrollo de los países y de hecho están ubicados en los más prósperos, que nunca he aconsejado dedicar toda la Dehesa a la fauna, sino una parte más pequeña que la urbanización"... "Respecto a los elefantes y leones que van a devastar la Dehesa aterrizando a las familias valencianas, pertenecen por completo a la fantasía de mi imaginativo crítico. Porque nunca he dicho que tales animales se integraran en el parque. Por lo visto, mi espontáneo 'desfacedor de entuertos' ha considerado a los pacíficos proboscídeos y nobles félidos como un buen truco para

asustar a sus lectores, con absoluto menosprecio de la objetividad periodística y la verdad informativa".

La carta en cuestión introducía dos nuevos temas, aparte de los técnicos o sociales ya conocidos. Uno era el que «los parques naturales ponen de manifiesto la cultura y desarrollo de los países», lo que, de aceptarse, daría una nueva dimensión al enfrentamiento entre las dos partes; el otro sería el de las posibles deformaciones maniqueas, a fin de presentar a los «enemigos» del plan como gentes sin el menor sentido de la realidad.

Al día siguiente, 30 de agosto, aparecía en «Las Provincias» la respuesta al señor Rodríguez de la Fuente. El editorialista justificaba sus inexactitudes en nombre de la caricatura literaria. «Si hubiésemos publicado una caricatura dibujada en la que apareciese al modo de un Noé con sus bichetes, junto al arca, ¿se habría sorprendido? No; seguramente no habría argüido que ni suele ir caracterizado como aquel santo varón ni sus facciones son tan acusadas en la realidad como las querría el caricaturista. Pues bien, lo nuestro fue algo semejante, y así lo entendieron nuestros lectores». Para el autor de este comentario, la contaminación de la Albufera y la utilización de la Dehesa son dos problemas totalmente distintos que el señor Rodríguez de la Fuente, no se sabe con qué fines, habría involucrado: «Todo nos mueve a pensar que su objetivo principal es la Dehesa. En efecto, cuando denunciaron la contaminación de la Albufera, ello nos pareció de perlas. Estaban en su papel. Tampoco nos sorprendió su defensa del arbolado de la Dehesa, cuya precariedad ante la acción hostil del medio marítimo es, en algunas zonas, antiquísima, con monte bajo y sin monte bajo, con urbanización y sin urbanización, con dunas y sin dunas. Hasta cuando apuntaron las primeras cautelas frente a los riesgos de una urbanización excesiva o impremeditada, seguimos viéndoles en el área específica de su misión. Así las cosas, semanas atrás, el señor Rodríguez de la Fuente llevó el problema a su espacio de Televisión Española, insistió en sus denuncias, ya con cierto sensacionalismo, y esbozó la idea de lo bien que estaría la Dehesa convertida en reserva de animales en libertad, y no sólo de su fauna natural, sino también de otra importada, incluidos los rinocerontes, a los que expresamente mencionó. No dejó de chocarnos el sesgo que tomaba la campaña, pero callamos y pensamos: 'Este hombre, siempre con sus bichetes!'. Pasaron unos días más, y el señor Rodríguez de la Fuente, amparándose en la sigla de ADENA, convocó una rueda de prensa en

EL SALER y LA ALBUFERA

Madrid, para los periodistas de allá, ausentes las autoridades valencianas, ausente la prensa de Valencia, ausentes las más ineludibles representaciones de nuestra ciudad, en un record increíble de desatenciones para Valencia, divagó como se le antojó a cuenta del patrimonio valenciano, lo imaginó —según las informaciones publicadas y no desmentidas— Patrimonio Nacional, lo pobló de sus bichetes queridos en libertad más o menos vigilada y lo propuso para la práctica de 'safaris fotográficos', ejercicio este no muy popular, ni multitudinario, ni económico que digamos; todo ello regido por ecólogos y naturalistas profesionales, quienes se erigirían en señores del lugar sin dejar meter baza a los infelices 'profanos'... "Fue entonces cuando nos rebelamos contra lo que nos pareció, cuando menos, un mangoneo inadmisiblemente, y para que esté claro traemos aquí la definición que da el diccionario de don Julio Casares al verbo 'mangonear': 'Entremeterse uno en cosas que no le incumben, pretendiendo mandar y disponer'. Nos rebelamos contra eso, contra la desatención increíble, contra el desaire intolerable, contra el tono suficiente, intimidatorio y resolutivo, y contra la confusa campaña de plurales y cambiantes objetivos que no añadía prestigio a Valencia e intentaba visiblemente dinamitar en su inicio un plan de urbanización que podrá resultar mejor o peor, según se haga, pero respecto del cual resulta poco calificado el juicio de quien cree, como ha dicho en su carta, que sobran chalets y en cambio piensa que faltan félicos".

Así está, ahora mismo, la polémica. Resumamos, antes de nuestras consideraciones finales, los datos que aparecen en el plan municipal.

Lo que se va a construir

Según el proyecto general, la urbanización de la Dehesa contará en un futuro de los siguientes elementos y servicios: 32 hoteles y moteles de lujo y primera categoría; 162 hoteles y alojamientos de otras categorías; 2.250 apartamentos de torres; 700 apartamentos de bloques altos; 5.900 viviendas en núcleos costeros; 207 viviendas unifamiliares en el pinar; cuatro iglesias y capillas; palacio de congresos, exposiciones y conciertos; club internacional de prensa y residencia para periodistas; palacete de huéspedes ilustres; teatro griego al aire libre; cinco salas de cine; plaza de tientas y venta taurina (esta última en funcionamiento desde marzo de 1968); tres clubs náuticos; faro restaurante; supermercados; galerías

comerciales; oficinas; Bancos; agencias de turismo; servicios de correos y teléfonos; tres clínicas de urgencia; estaciones de servicio; grandes talleres de reparaciones de vehículos; dos grupos escolares; ciento cuarenta y ocho viviendas de empleados; club y campo de golf (en funcionamiento desde 1968); club de tiro de pichón; dos clubs hípicas y otros dos de tenis; así como un parque deportivo con instalaciones para la práctica del fútbol, baloncesto, balonmano, atletismo, patinaje, frontones, boleras, piscinas y parque infantil. La urbanización de la Dehesa puede ser resumida en las siguientes cifras, que dan una idea de su volumen, una vez esté plenamente dispuesta: superficie total a urbanizar, 871 hectáreas; superficie aproximada de edificación, 150 hectáreas; superficie de zonas deportivas, ajardinadas y viario, 111 hectáreas; superficie libre, 610 hectáreas; red viaria, 30 kilómetros; calles, 20 kilómetros; capacidad total de aparcamientos, 10.000 vehículos; población prevista para la zona residencial, 40.000 personas, y población prevista para la zona popular, 100.000 personas.

Los datos —y su redacción— proceden del número de junio de la revista editada por la Sociedad Valenciana de Fomento del Turismo. Datos, como se ve, apabullantes y de una magnitud numérica fuera de serie. Importa que el lector reflexione, a la vista de los edificios anunciados, sobre las características sociales de esa «nueva ciudad» alzada sobre tierras hasta hace poco municipales, es decir, al menos en teoría, de beneficio y disfrute comunal. En cuanto a las características urbanísticas de la «nueva ciudad», el mismo informe dice: "Respetando, pues, la disposición de las dunas y aprovechando sus cotas altas, se ha emplazado a lo largo de ellas las agrupaciones residenciales de tipo mediterráneo con calles estrechas y de trazado irregular y pintoresco. En el interior de cada 'casbah' se dispone de ramificaciones circulatorias acomodadas a escala del hombre y ligadas a la topografía del terreno. Esta red de circulación de peatones formará numerosos recodos, travesías, rincones y plazuelas irregulares, cerradas o abiertas, multiplicándose en cada parcela las posibilidades de fachada al mar y disfrute de bellas vistas. Las parcelas destinadas a viviendas, tanto unifamiliares como colectivas, se insertan en esta trama con la libertad y el orden con que crecen las hojas de una planta".

Algunas consideraciones

El tema es, sin la menor duda, muy importante, a todos los ni-

veles. Ni siquiera cabe hablar aquí de las limitaciones que, dentro del aparato vigente, el «bien común» impone a la «propiedad privada», porque se trata, precisamente, de un bien común que, en mayor o menor grado, va a dejar de serlo. Cuanto se diga acerca del proyecto, cuanto lo discuta y mejore o, razonablemente, lo obstaculice parece, pues, oportuno.

En todo caso, en esta lucha entre los «naturalistas» y los defensores del plan «turístico», uno advierte varias lagunas, además de la Albufera. Por ejemplo, y en primer lugar, no se exigen las precisiones de orden social que serían deseables ni se analiza adecuadamente este aspecto del proyecto.

El Ayuntamiento había señalado en su plan:

1.º División de la totalidad de la Dehesa, con sus once kilómetros de playa, en dos zonas consecutivas y destinadas a usos diferentes, una, de esparcimiento popular, la más cercana a Valencia, con una longitud de playa de dos kilómetros y medio, y la segunda destinada a residencia temporal.

2.º Existencia de instalaciones para los diversos niveles económicos de los usuarios, con el fin de que la transformación favorezca a todos.

3.º Concentración de las edificaciones en las partes más despobladas de árboles, reservando la mayor cantidad posible del pinar existente como zona libre municipal de disfrute para todos.

Puntos todos estos que han sido soslayados en el debate y que a mí me parecen fundamentales. Dado que el Ayuntamiento de Valencia recibe una importantísima cifra por las parcelas vendidas, ¿posee su proyecto la exigible atención a toda la comunidad o servirá esencialmente a la adinerada minoría que ocupará las viviendas de la zona residencial? Si hay más postores que parcelas, ¿cómo se eligen aquélos? Si la urbanización se hace, según hemos visto, en nombre de las necesidades de los valencianos, ¿cuál es la forma de evitar que los beneficiados sean unos pocos? ¿Hay proporción entre la zona de "esparcimiento popular" y la de "esparcimiento de una población turística de alto nivel"? ¿Qué tipo de discriminación supone? ¿No debiera ser fundamental y dominante la primera de las zonas, siquiera atendiendo al origen municipal de las tierras?

Y examinando las instalaciones comunitarias previstas, ¿qué clase de vida cultural presuponen? Ya se sabe que, excepciones aparte, mal va a haber, por ejemplo, una actividad regular y decorosa en ese proyectado «teatro griego», cuando la ciudad hace tiem-

po que ha perdido la comunicación con el verdadero teatro y reserva su Principal, cada vez que llegan las grandes fiestas, y pese a depender de la Diputación, para las compañías de revistas o de folklore.

No, no vamos a imaginar las casas de la Dehesa repletas de gentes dispuestas a no hablar de lo buena que estaba la paella y de lo bien que se come aquí o allá. Tampoco es posible pensar que en una sociedad como la nuestra, desde sus niveles culturales y su gusto por el beneficio material inmediato, la promesa de un parque zoológico o las vagas razones sobre el equilibrio de la Naturaleza puedan hacer feliz al hombre medio. Ni cabe exigir a los naturalistas —y ahora pienso en algunos párrafos de la carta de Rodríguez de la Fuente— que se despojen de cierto aire redentorista, estimulado por el escepticismo del medio ambiente...

Lo que sí parece posible y necesario es que, a la declarada polémica entre naturalistas y defensores del proyecto municipal, se una de inmediato el análisis social y político del proyecto, para conciliar, como dice López Rosat, no sólo Naturaleza y turismo, o venta de parcelas y obras a cargo del Ayuntamiento, sino reforma y beneficio comunal.

Pensar que cuantos opinan en esta cuestión se meten en lo que no les importa, salvo el caso de personas «autorizadas», es un error o una arbitrariedad. Mejor es la postura abierta de López Rosat, canalizada, eso sí, a través de medios más asquibales que el ganar previamente unas elecciones municipales. La obra iniciada va a transformar decisivamente un paraje español de características muy específicas, en beneficio o perjuicio de una serie de hombres. El debate se hace así absolutamente necesario: por tratarse de una propiedad donada por el Estado al municipio de Valencia, por tratarse de una propiedad municipal, por cuanto han dicho los biólogos, por cuanto ha dicho el Ayuntamiento, por cuanto no han dicho esos miles y miles de valencianos más o menos enajenados por el trabajo de cada día y habituados, a través de los años, a no opinar públicamente en cuestiones que les conciernen...

El tema adquiere así el carácter de un «test» sobre nuestra actual capacidad para la crítica y el diálogo. Es decir, el valor de índice sobre nuestro grado de relación democrática. Acabar este breve informe invitando a todo el mundo a enterarse y a opinar públicamente —y supongo que en las páginas que TRIUNFO dedica a los lectores se aireará cualquier opinión razonable— era inevitable y necesario. ■ JOSE MONLEÓN.